

Proyecto Helicoide y los misterios de la modernidad venezolana

Erik Del Bufalo

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR, CARACAS, VENEZUELA

Erik Del Bufalo es Profesor Asociado del Departamento de Filosofía de la Universidad Simón Bolívar, Caracas. Doctor en Filosofía de la Universidad de París X. Se dedica principalmente al campo de la filosofía contemporánea, ética, estética y pensamiento político. Ha publicado *Deleuze et Laruelle: De la schizoanalyse à la non-philosophie* (París: Kimé, 2003), *El rostro lugar de nadie: erotismo, ética y umbral en la obra de Alí González* (Caracas: Fundación Mercantil, 2006), así como diversos artículos en revistas nacionales e internacionales. Correo electrónico: edelbufalo@usb.ve

Ensayo

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi: 10.11144/Javeriana.cl20-39.phmm

Cómo citar este ensayo:

Del Bufalo, Erik. "Proyecto Helicoide y los misterios de la modernidad venezolana". *Cuadernos de Literatura* 20.39 (2016): 408-411. <http://dx>.



LAS RUINAS IMAGINARIAS y románticas de los cuadros de Piranesi demuestran que los vestigios no son cosa necesariamente del pasado. A veces la época proyecta su futuro como una ruina idealizada, como una ruina utópica, cuando no como una utopía levantada sobre el peligro de un terreno desconocido. Así nuestra modernidad quizás comenzó con un propósito de ruina. *Proyecto Helicoide*, dirigido por Celeste Olalquiaga, con un esfuerzo de largo aliento, se interroga desde múltiples perspectivas sobre El Helicoide de la Roca Tarpeya. Basta visitar su sitio en la red, <https://proyctohelicoide.wordpress.com>, para descubrir la dimensión de esta propuesta en relación a los arcanos de nuestra modernidad.

Mientras que *Proyecto Helicoide* ha despertado un enorme interés en otras latitudes, la incompreensión que ha tenido en nuestro país esta colosal investigación multidisciplinaria no nos parece un hecho circunstancial. Lo que no se supo pensar hace más de cincuenta años, sigue lamentablemente estando impensado aún hoy, cuando nuestra modernidad ahora nos obliga a mirar lo que no hicimos para poder apenas barruntar lo que debemos hacer. Hay también una ruina en nuestra mirada. Esa mirada, que voltea irresponsablemente ante su desolación, nos indica que aún no hemos escarbado todas las placas tectónicas que bajo nosotros parecen estremecerse. La virtud de *Proyecto Helicoide* es mirar sin tremendismo, pero también sin manierismos estetizantes, el piso removido de una promesa que nunca llegó pero que estamos obligados a seguir esperando.

El Helicoide fue una obra condenada a ser ruina anticipada. Más que una ruina moderna, representa el modernismo desvalijado que ocurrió antes de que nuestra contemporaneidad viniera a invadirlo con cierta venganza. Su edificación fue a la vez su proyecto y la imagen fracasada de ese proyecto, imagen que en última instancia le otorga su ser, su dignidad en el mundo. En otras palabras, su realidad de proyecto no se encuentra en la realización en el tiempo, sino en la *imagen* que retrata a una cultura atrapada en la intemporalidad inmediata, de lo que pudo ser o podría haber sido. Como el Helicoide, los fundamentos de nuestro país moderno fueron construidos con una gramática de futuro condicional para terminar realizándose en la nostalgia de un destino puramente imaginado.

Toda ruina moderna es un esfuerzo de la posibilidad contra la concreción, de la virtualidad o de su virtud ideal contra las concreciones de una realidad que la precede. De allí su pobreza y su riqueza, su grandor y su miseria. Pero por ello, la opacidad de la ruina hace transparente la posibilidad, la indeterminación, la libertad en sí misma, que, en el fondo, es la esencia de toda modernidad. El Helicoide, más que ser uno de los monumentos del fracaso de la modernidad

venezolana, es el ejemplo perfecto de cómo esta modernidad pudo darse cabalmente, pero solo como imagen, como posibilidad, como dualidad de un pasado y de un futuro que nunca conseguirán su presente. El Helicoide puede ser, o no, huella o signo, pero a condición de que antes sea esfinge: enigma pasmado en el tiempo de una época, a su vez suspendida en un futuro que nunca llegará y que, sin embargo, ha constituido siempre nuestro horizonte. El Helicoide encarna la modernidad a la cual ningún presente respondió, quedando congelado en la eternidad de lo puramente posible; o, en palabras de Lévinas, representa “la caída más acá del tiempo, en el destino”. La modernidad venezolana se realizó como destino y no como historia.

Pero nada más antimoderno que un destino. En efecto, la modernidad es primordialmente la esperanza de que el hombre es dueño de sí mismo y que es su propio creador y fundamento. De allí que *Proyecto Helicoide* tome la construcción prometeica de Roca Tarpeya a la vez como archivo y como metáfora. Archivo, porque como en la corteza de un árbol gigante va escondiendo todas las capas de nuestra historia, aunque nueva, profunda. Metáfora de nuestra cultura, porque condensa todas las significaciones de nuestras esperanzas y desilusiones. De haberse concebido, con ánimo saudita, como el primer centro comercial para vehículos del mundo, hasta terminar siendo la cede de la policía política de un régimen despótico y decadentista que solo ve en nuestra modernidad estafa histórica, explotación del hombre y daño a la nación.

El Helicoide es también una paradoja desde el punto de vista de su entorno. Esculpido en torno al cerro, emula, por una parte, la forma de construcción de nuestras barriadas populares, toda vez que, por otra, hace lo contrario: mientras que la chabola, la construcción informal, se aferra frágilmente al cerro, el Helicoide se apropia del cerro y lo interioriza. Estas dos topografías son el indicio también de dos topologías. Hay dos lógicas basales, dos discursos de la vida, dos formas de concebir la realidad que, estando juntas, no producen ninguna intersección. El Helicoide se apropia de un cerro mientras que otro cerro se adecua a la miseria. Es el mismo cerro que antes era pura naturaleza, pero que se han vuelto dos cerros metafísicos. Entre las comunidades populares aleñadas y el Helicoide coexisten dos universos, dos dimensiones que nunca se tocan. Se trata de dos tiempos paralelos donde dos países coexisten sin enterarse uno del otro. Venezuela tiene más de un siglo ya siendo dos países a la vez, dos países que no se comprenden. Esta incompreensión no es debida solo a la falta de voluntad política, a la injusticia social o al puro legado colonial. No son dos clases sociales encontradas: son dos clases de sociedad sin encontrarse. No se trata de que un país sea moderno y el otro no. Nada más moderno que un

“cinturón de miseria” gravitando en torno a una metrópolis latinoamericana. Son dos modernidades aparecidas en paralelo sin ninguna dialéctica inmanente, más allá de la puramente ideológica o retórica, que las vincule.

Hay en El Helicoide un halo de misterio cercano al *zigurat* o la pirámide, no tanto gracias a su forma áurea, ni a causa de una antigüedad que no tiene. La mole de la Roca Tarpeya parece el vestigio de una civilización desconocida. Es nuestra propia civilización que nunca conocimos y solo ese desconocimiento es nuestro fracaso moderno.